

DE BUENAS LETRAS

Vida y cultura

JOSÉ IGNACIO FERNÁNDEZ DOUGNAC

A Nuria Bachs, in
memoriam

Los que nos dedicamos a la enseñanza sabemos que una de nuestras funciones primordiales es aprender. Cómo vamos a enseñar, si no aprendemos. Pero es que, además, todos venimos a la vida justamente a eso, a aprender. Otra cuestión muy distinta sería si aprendemos a vivir... Estoy convencido de que lo que llamamos hoy 'cultura' (un concepto cada vez más vasto y vago), o mejor, lo que designamos por 'conocimiento', si no está íntimamente vinculado a la vida y a la gente, su papel se diluye bastante, se restringe, se entumece. Es algo tan evidente que en muchas ocasiones se ignora. Cuando generamos la cultura a espaldas de la vida, se queda en un apelmazado acopio de datos, con el que acaso sobresalimos ante los demás alimentando nuestra más íntima vanidad. La cultura, concebida de una forma aislada al ser, deviene en armatoste de doble cara, del que puede surgir lo mejor y lo peor. Bien lo sabía Walter Benjamin, cuando a principio de la década de los cua-

renta, en plena hegemonía nazi, sentenció: «No existe documento cultural que no sea a la vez documento de barbarie».

En este caso, la cultura no nos ayuda a vivir. Es indudable. No nos empuja al bienestar, a la felicidad, porque el saber más hondo y directo no se encuentra en las bibliotecas, sino en las personas, esto es, en la vida, en su sentido esencial, intenso y descarnado. Lo que realmente aprendemos, aquello que permanece tatuado por dentro y para siempre, en la mayoría de los casos, nos viene dado de los otros, de su acertado o desacertado sentido de la existencia. Los libros evidentemente son fundamentales, quién lo duda. Pero, dentro de esta categoría de valores, vienen después. Tienen otro papel (nunca mejor dicho). Sirven, entre otras muchas cosas, para completar, para comprender o modelar la complejidad del caudal humano que percibimos de los demás. Antepongamos, pues, a la erudición fría y acumulativa el conocimiento indispensable que nos brinda la vida, la gente,

los seres. En suma, retengamos la vida por encima de la cultura.

No hace mucho, la campaña publicitaria de un importante banco nacional nos decía: «Sólo hay una cosa en este mundo que te hará grande: ser fiel a ti mismo». El lema, en su intención y operatividad, es impecable; pero, por su contenido, falso, rotundamente falso. Si nos dejamos llevar por él, tanto Hitler como Jesucristo fueron fieles a sí mismos. También cualquier banco es fiel a sí mismo, algo que es evidente en estos tiempos inhumanos de crisis, despidos y desahucios. No es éste el parámetro, indudablemente. Por encima de la inteligencia o la belleza, la cultura e incultura, la riqueza y pobreza, el único signo que engrandece al ser humano es la bondad. Para mí, al menos, una persona, una sola persona que me enriquezca, lo hace más que, por ejemplo, toda la literatura que yo haya leído, que leeré y seguiré leyendo.

Por este motivo, siempre es maravilloso que una biblioteca sea dedicada a la memoria de una mujer o un hombre, porque ellos, en su bondad, son el título auténtico y cabal, el que encabeza todos los títulos que allí se guardan. El curso pasado, en mi lugar de trabajo (el I.E.S. Los Neveros de Huéctor Vega), dimos a la biblioteca el nombre de Nuria Bachs, una entrañable compañera que nos enseñó y nos ayudó a vivir mucho más que todas las páginas que duermen en los anaqueles de tan venerado recinto. Se trataba así de rendir obligado tributo a un ser inolvidable, pero también de dejar las cosas en su sitio: la vida creando, engrandeciendo la cultura.